

La Vuelta de la Hoja

Con «La vuelta de la hoja» se inicia una sección poética. A modo de descanso, de espera, de apeadero entre el largo fluir de otras hojas, de regalo en el camino siempre tenso,

aún en la densidad de la poética.

Y ha aparecido, por efecto e hilación cronológica, de obligación moral comenzar por una muestra de tres poetas, que como co-fundadores

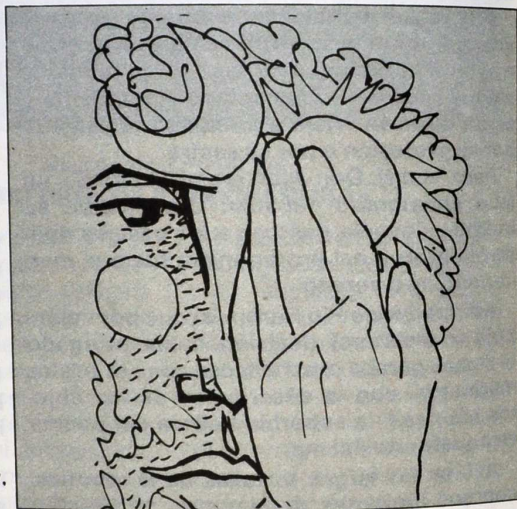
de aquella otra ALCANTARA literaria, donaron con su luz a los lectores —1946— sus volátiles versos.

Es una forma de colocar un puente para unir ambas orillas.

Pura Esencia

Todas las noches me muero.
Todas las mañanas nazco.
Me retoño cada día
nuevo ser, de ser dejando.
De esta agonía de muerte
en la vida que trabajo,
de esta agonía de vida
en la muerte que me labro,
de esta sangrante agonía
—vida y muerte en un abrazo—,
extraigo la pura esencia
de mi amor eternizado.

FERNANDO BRAVO.—Garrovillas.
Con una obra poética ingente publicada,
sin coleccionar.



altar, como se cita al toro o se dice ven o adiós.

¡Qué gente!

Estaba amaneciendo. Se había vestido parsimoniosamente, cuidando los detalles.

Fuera del hotel, cercano al mar, oía a sardinas asadas.

Cruzó lentamente la ancha avenida, y tras el inmenso bloque en construcción, de ladrillos aún rojos, amontonados por la prisa del turismo, Don Juan se dio de cara con el mar.

La inmensa masa de agua cabrilleaba de puntos dorados como los alamares de un torero, ante el sol tibio y desparramado de la amanecida.

Don Juan caminaba lentamente hacia él, de frente, sereno y sosegado.

—Me voy a presentar —decía— como se debe de presentar un caballero al mar. Purificándome.

Y así se despojó de la chaqueta, de los pantalones, tiró otras prendas y, desnudo, vestido de luz, bronce a la mañana, se adelantó hacia las primeras aguas que cosquilleaban a la arena.

Don Juan proseguía mar adentro, los tobillos bañados, ya el agua palmoteaba las piernas, ya cubriéndole el pecho.

Avanzaba seguro, rehaciéndose al compás de los embates de las olas.

—Mar, soy Don Juan.

Y con los brazos abiertos, en son de paz y abrazo, siguió adentrándose, para darle un largo y definitivo abrazo al mar.

Tiempo

¿Era yo mismo el que vivía
mi juventud indiferente
y una niñez que entre unos ecos
en mi recuerdo se sostiene?
¿Era yo mismo el que vivía
o era otro ser que se me pierde,
tras esa niebla de los días
con su vivir independiente?

Habré gastado muchos años
sin saber cómo ni con quiénes.
Yo no pensaba que pudiera
gastarse tanto inútilmente.
A manos llenas tengo dadas
las alegrías, los placeres...
Nunca pensaba que pudiera
gastarse todo inicuaamente.

Hoy sólo tengo un alma triste
y un corazón que amargo siente
al revolcarse por el cuerpo
como en la tierra la serpiente.
Hoy se me escapan los momentos.
Hoy como ayer, hoy como siempre.
(La eternidad sólo ha nacido
en el camino de la muerte.)

JESUS DELGADO VALHONDO.—Cáceres.
«El año cero». «La esquina y el viento».
«La muerte del momento».
«Aurora, amor, domingo».
«La vara de avellano». «Un árbol solo», etc.



Ciento Volando

Abri la mano
y todo el aire se me hizo pájaros.
Era el día claro
y tenía sonrisa de campo.

Por lo alto
pasaban sueltos rebaños
de corderos blancos
pastoreados despacio.

En el arisco peñasco
no había sombra de milano
y el árbol era todo árbol.

Sentía un temblor casto
de ancho y apretado abrazo
que me abrigaba en el costado

Me humedecía los labios
el verbo raro
de la profecía del salmo:

JOSE CANAL.—Arroyo de la Luz (1979 †).
«Viento amarrado». «El mar cercano».
«Ciento volando»

«En sesión quebró la mano
del Señor las espadas y los arcos».
Pero esto parece un verso ya sin canto.
Ahora se rompe la maravilla de los átomos
para mostrar más rápido,
se hace oro del barro
y nadie quiere ser el buen Samaritano.
Caminé paso a paso
y ante mí se abrían los espacios.
Había margaritas en el prado.
y aromas de piojos en el regato.
Paya mi regalo
me hacían atondras de los pies y de las manos.
Llevaba en el cinturón muy pobre el hato
pero tenía el cielo ancho
y allí más de viento volando.